



CAPITULO II

LA NACIÓN

LOS REPUBLICANOS.—Los puritanos y la idea republicana.—Los puritanos juzgados por Lord-Macaulay, Spencer, Cantú, Laboulaye.—Origen del republicanismo americano.—Armonía entre la religión y la libertad.—Lucras de los puritanos en Inglaterra.—Franklin y Voltaire.—Dificultades interiores para la independencia americana.—El proyecto de confederación de Franklin.—Franklin en la Cámara de los Comunes.—La timidez de Franklin.—Reunión de las trece colonias en Filadelfia.—Lo que opinaba Washington de esta reunión.—Incertidumbre general.—Colon y Washington.—Washington y la monarquía americana.—El Norte y el Sud.

LOS REALISTAS.—*Estado de Virginia*.—Los caballeros y los anglicanos en América.—Espíritu monárquico de la Virginia.—Influencia de la revolución inglesa.—Restauración de la monarquía.—Segundo mando de Berkeley.—Tiranía gubernamental.—Insurrección de Bacon.—Influencia del destronamiento de los Estuardos.—Revindicación de las libertades de la Virginia.—La guerra de Canadá.—Sus resultados.—Su influencia en la revolución americana.—Estalla el conflicto entre América é Inglaterra.—Desatentada conducta de Inglaterra.—Opinión de los realistas americanos.—El partido republicano en la Virginia.—Washington, Maddisson, Jefferson.—Discurso de Patricio Henry.—Randolph.—Le-Bland.—Pendleton.—Wythe.—El partido republicano en las Carolinas.—Rudledge.—Ramsay.—El partido republicano en el Norte.—Hamilton.—Jay.—Los Adams.—Hancock.—Cooper.—Franklin.—Wilsson.—El espíritu realista y el Sud.

ERROR muy acreditado y que importa desvanecer, es el de creer que los emigrados ó peregrinos de Inglaterra habían marchado á América con ánimo de ensayar ó establecer no sabemos qué teorías políticas. Sus colonias del Norte, como queda dicho, fueron allí únicamente para establecer su Iglesia y vivir bajo su protección en paz con todos los hombres. Si las sectas disidentes del protestantismo llevaron á la par de la idea religiosa envuelta en los principios de ésta una idea política, que poco á poco había de desarrollarse, crecer y dar sus frutos, lo que es innegable, esto no significa que el planteamiento y desarrollo de esta idea política se dedujera por com-

pleto, como hemos visto hasta aquí, del desarrollo religioso, social y político de las colonias del Norte América. Lo prueba elocuentemente, el principio religioso del puritanismo,—Massachussets, Connecticut, Delaware,—el principio religioso de los librepensadores,—Rhode-Island,—el principio religioso de los cuáqueros, Pennsylvania, que llevan directamente al republicanismo, al genuino gobierno democrático, pero de este hecho no puede ni debe concluirse que eran republicanos los primeros colonizadores de la América septentrional.

Otra causa debemos señalar á esta tan errada creencia.

Personas doctas y que han escrito largamente so-

bre filosofía política, han creído y dicho que los puritanos, huyendo de la reacción realista, al reestablecerse la monarquía y los Estuardos, habían emigrado á América, llevando así á aquel continente la savia republicana.

Es innegable que al abdicar Ricardo Cromwell, buen número de puritanos pasaron á América; el derecho de asilo que los de Massachussets dieron á uno de los jueces de Carlos I, valió á la colonia graves disgustos, pero así los puritanos de América



Casa natal de Franklin

como los de Inglaterra, fueron llevados á las últimas consecuencias de su doctrina, más que por pura voluntad, por la increíble ceguedad y terquedad del rey Carlos y de sus consejeros. Pasó en Inglaterra en 1648 lo que exactamente había de reproducirse en Francia de 1789 á 1791; el partido republicano en uno y otro lado del canal de la Mancha, venció y creció al compás de la lucha, que uno y otro rey sostuvieron contra sus pueblos.

Claro está que si la fuerza de su idea fundamental llevó á los puritanos al campo republicano, que al triunfar en Inglaterra, debían considerarse triunfantes también en los Estados-Unidos los emigrados puritanos; pero antes de la catástrofe de la monarquía inglesa, la idea republicana no tenía en América partido, aunque es indudable que en estado incipiente la fecundaba el pueblo americano de la orilla izquierda del Potomac.

Existía virtualmente la idea republicana en los puritanos, primero, porque su odio á toda jerarquía religiosa les había de llevar forzosamente á odiar también toda jerarquía política; en segundo lugar, porque la reina María primero, y luego la reina Isabel y sus sucesores les persiguieron con encarnizamiento, obedeciendo á la Iglesia anglicana ó establecida, que no era y es, más que una transacción entre el protestantismo y el catolicismo, de cuya mo-



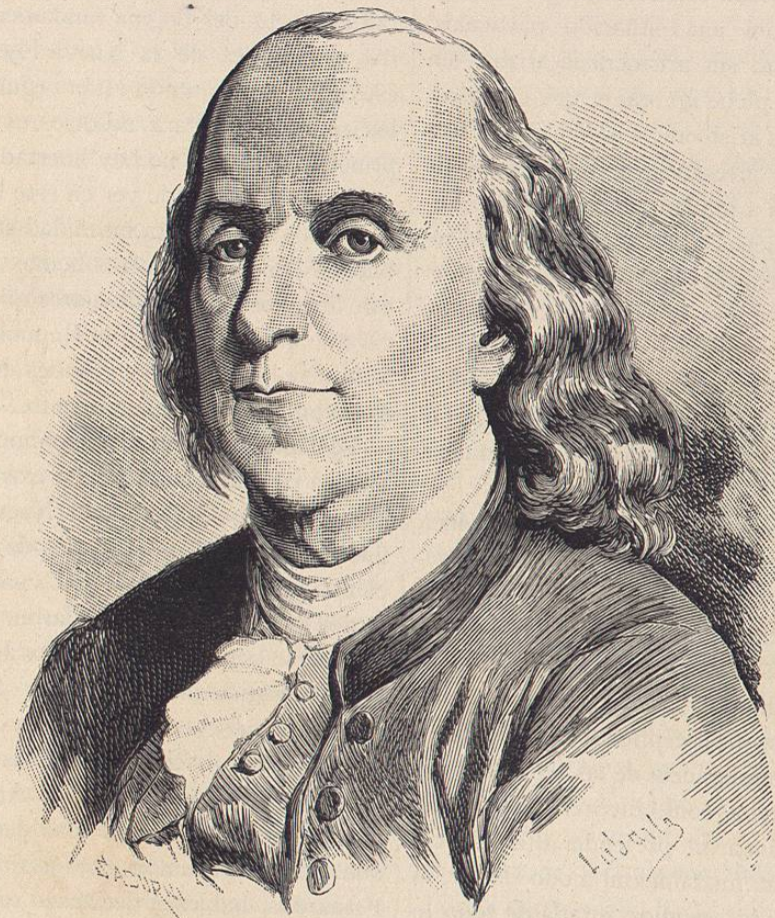
Entrada de Franklin en Filadelfia

narquía protestaron severamente los puritanos, involucrando, como es consiguiente, en un común anatema, la doble institución de la religión del Estado y de la monarquía que de ella se hacía representante; en tercer lugar, los puritanos que antes de emigrar á América lo habían hecho á Holanda y Suiza, viviendo en Zurich y Ginebra, al regresar paulatinamente á la madre patria, ó al emigrar á América, por no perder su derecho de ciudadanos ingleses, habían de llevar forzosamente en sus hábitos, costumbres, sentimientos é inclinaciones, algo del espíritu político de aquellas repúblicas.

Así se formaba la idea democrática en el seno del pueblo más aristocrático y más vejado por la tiranía de la corona y de la Iglesia establecida, y más embrutecido por la enseñanza de los filósofos del absolutismo y del despotismo, por Hobbes, Grotius y Filmer.

Esto han reconocido y confirmado los principales historiadores ingleses. Lord Macaulay, uno de los más autorizados, dice de los puritanos «que es quizás el partido más notable en la historia, — que lo que tiene de ridículo y de odioso su carácter es meramente superficial, — pero que no eran fanáticos vulgares los que empujaron al país á la resistencia y la sostuvieron durante largos años, los que constitu-

yeron el primer ejército de Europa y derribaron á un rey, á una iglesia y á la aristocracia. Sus absurdas maneras, su afectado modo de hablar y de vestir no eran más que signos exteriores, como los de los masones, ó el hábito de los frailes. Lástima grande, — continúa, — que esta asociación á la que tanto debe la humanidad, no hubiese tenido un brillante exterior, pero quién no prefiere la caja de plomo



FRANKLIN

que contiene el tesoro, á la de oro que sólo encierra la cabeza del muerto, como nos enseña Basamí en el *Sylock* de Shakespeare?» Otro historiador llama á los puritanos «hombres extraordinarios, políticos sagaces, soldados valerosos y entusiastas teólogos.» Cantú, á quien no se tachará tampoco de parcial, en su *Historia universal*, llama á los puritanos «gente impasible consigo mismo y con los demás, que comentaban el Testamento en favor de los débiles contra los fuertes, y que como se humillaban ante Dios, cuya sola autoridad reconocían, eran orgullosos ante los hombres á quienes no temían.» Y á más observa á los historiadores que creen incompatible su exaltación religiosa con su actividad é inteligencia polí-

tica, que antes al contrario estas cualidades son consecuencia ineludible de aquella exaltación. Después de haber citado las opiniones de historiadores muy poco simpáticos para América y su idea, estaremos en nuestro derecho indicando las de sus apasionados y verdaderos apóstoles en Europa.

Tocqueville, en su gran obra, dice que, «los que emigraban á Nueva Inglaterra, llevaban consigo elementos admirables de orden y moralidad, pero que, lo que más les distinguía era el objeto de su empresa. No era por necesidad que abandonaban su país, tampoco se trasladaban al nuevo Mundo para mejorar de posición ó aumentar sus riquezas, dejaban las dulzuras de la patria obedeciendo á una ne-

cesidad intelectual; exponiéndose á las inevitables penalidades y miserias del destierro, querían que triunfara una *idea*.»

Laboulaye, añade en su *Historia de los Estados Unidos*: «los colonos de Nueva Inglaterra eran los puritanos que huían ante la persecución religiosa. El puritanismo habíase propagado sobre todo entre la clase media. Eran los pequeños propietarios, los menestrales quienes cruzaban el mar. Al llegar á América se encontraban en una situación particular; formaban una sociedad sin aristocracia arriba, sin populacho abajo. La plebe ignorante que es el sostén todopoderoso de la aristocracia no emigraba. Era un pueblo entero de artesanos, de burgueses y de agricultores que venía á implantarse en un suelo virgen, llevándole las buenas cualidades del pueblo inglés, mas dejándose atrás la corte, la Iglesia establecida y la aristocracia; era la democracia que se escapaba de la envoltura feudal, como una mariposa que abre sus alas. Los colonos dejaban en Inglaterra el privilegio, y llevaban la igualdad á América. Hé aquí lo que constituye para nosotros la importancia de su constitución.»

No se introducía, pues, en Nueva Inglaterra la idea republicana con el inevitable séquito de rencores, miserias y semillas que acompaña, y precede y antecede á todo movimiento político originado ó determinado por la resistencia ó despotismo de los poderes permanentes; no se difundía la idea republicana patrocinada por una filosofía escéptica ó atea, producto del exclusivismo é intolerancia de las religiones del Estado; ni se presentaba, como divorciándose de la sociedad contemporánea, ni pretendía alterar el orden establecido en su fundamental modo de ser, ni se llamaba tampoco la enemiga jurada de todo lo existente; la idea republicana llevada á América germinó en los puritanos expatriados y perseguidos; desarrollóse y difundióse cuando el triunfo de sus correligionarios en la metrópoli, pero exenta y libre de los crímenes y locuras que la hizo imposible en Inglaterra, y si no se implantó al restablecerse los Estuardos y la monarquía, fué porque aplazó su sólido establecimiento, únicamente, para cuando tuviera un pueblo numeroso y enérgico para defenderse.

El republicanismo americano se presentaba desde el primer momento como emanación de una doctrina religiosa. Los radicales de Europa no comprenden una república con Dios, los Estados-Unidos no han comprendido en tiempo alguno, sino todo lo contrario, por esto al reunirse los delegados de las trece colonias para declarar su independencia, se preparan á tan grande obra por el ayuno y la meditación.

Cuando la lucha va á romperse en los alrededores de Boston, también los americanos se preparan antes por el ayuno y la meditación, en nuestros días el mártir Lincoln como en el día memorable de la declaración de la independencia, pidió á todo un pueblo que invocara á Dios para conseguir el restablecimiento de la paz y la redención de los negros.

Esta virtud es eminentemente puritana, esta estrecha y fecunda alianza de la religión con la libertad es efecto del dogma fundamental de los primeros pobladores de la Nueva Plymouth, y de esta estrecha y sólida unión están orgullosos y con razón los americanos. Para nosotros es indiscutible este principio, sin Dios no hay libertad.

Nosotros hemos de ver en este libro los grandes beneficios que de esta intimidad sacó la joven republicana América; nosotros hemos de ver también en este libro los grandes desastres que produjo el divorcio que quiso introducir la República francesa entre Dios y la libertad y los grandes desastres que ocasionó un tardío arrepentimiento.

Teniendo, pues, tan sólido cimiento la idea republicana en América, no debe extrañarnos que á pesar de no haberla llevado á Nueva Inglaterra más que en germen los emigrados de la *Mayflower*, creciendo y desarrollándose sólo cuando sus correligionarios de la metrópoli triunfaron, no pareciera al restablecerse con la monarquía los Estuardos.

Ya dejamos indicado que no fué la restauración en Massachussets más que causa de graves disgustos y serias perturbaciones entre las colonias puritanas y la corona; de estar á la sazón América en condiciones de fundar su libertad y su derecho, es innegable que antes de sucumbir bajo la tiranía de los últimos Estuardos, hubiesen declarado su completa autonomía é independencia, y aunque es cierto que la restauración fué festejada por las colonias realistas, no hubiera faltado un Patricio Henry que les hubiese enseñado el camino de su deber si Boston hubiese dado el grito de rebelión.

Afortunadamente la semilla republicana había arraigado en los puritanos, contra cuya austera virtud y firmeza de carácter, nada podían las amenazas de los hombres ni los peligros con que querían amedrantarlos. ¿Qué hubiera sucedido si en vez de ser los puritanos los republicanos del siglo XVII hubiera tocado este papel á los *caballeros* de Carlos I ó á cualquiera otro de los partidos que dividían á Inglaterra ó que existían en Europa?

Sin los puritanos no existiera un Algernon-Sidney, la ilustre víctima de la reacción realista, y que tan elocuentemente rebatiera las doctrinas absolutistas

del caballero Filmer; ni el divino Milton, de quien dice Macaulay, que él solo basta para honrar é inmortalizar á los puritanos; ni existiera Locke, el hijo del puritano, que como su padre fué fiel á la causa, por la cual *Hampden murió en el campo del honor y Sidney en el cadalso*.

Los puritanos de América sucumbieron ante el poderoso poder de Inglaterra, como sucumben los hombres fuertes, sin debilidad, con resignación, muriendo frente á frente de la fuerza que les hiere, y prometiéndose no una estéril y estúpida venganza, sino una brillante y noble reivindicación. Lucharan casi un siglo entero para restablecer sus libertades, pero ¡hay de Inglaterra, que el niño se habrá hecho hombre!

Durante todo este tiempo un hombre ilustre, un puritano, un hijo de Boston, el representante de Pennsylvania en el primer congreso federal, el que arrancó el rayo á los cielos y el cetro á los tiranos; el hombre virtuoso y sabio en quien, se alían la rigidez y austeridad de principios y de propósitos del puritano, con la bondad y tolerancia del cuáquero, sostendrá en su espíritu de resistencia y de libertad al pueblo puritano de Nueva Inglaterra.

Que la cultura intelectual de Franklin sea europea é hija del siglo XVIII; que sea Franklin el discípulo más práctico de Locke, que su famoso plan de conducta sea inspirado por éste, que sea ó pertenezca á Locke su religión natural, y que su *Almanaque del buen Ricardo* sea la filosofía de Locke, en acción, como quiere Montegut, nada más conforme con el encadenamiento del progreso humano. Franklin mismo nos ha contado que á la edad de 16 años había ya leído el *ensayo* de Locke sobre el *entendimiento humano*. Si Locke hubiese sido el inspirador de los desaciertos y extravíos de la revolución francesa, ¡cuán fundado no sería el santo horror con que hablan del filósofo inglés los escritores católicos y realistas! Pero si Franklin es la filosofía de Locke en práctica, si sus teorías sociales y políticas son las teorías de Locke aplicadas, Locke ha sido y es el bienhechor de la humanidad y el padre de la revolución americana. Si de Locke dedujo Franklin su theismo, y Voltaire su deísmo escéptico, si de esas dos direcciones la una nos ha conducido á la libertad y á la democracia, y la otra á una serie de perturbaciones y de dificultades sin cuento, cuyo fin apenas si se vislumbra, no es que la filosofía de Locke se preste á tan contrarias deducciones, aunque de sus principios mal interpretados se deduzcan todos los sistemas filosóficos del siglo XVIII en Francia, sino que las fuerzas ó corrientes sociales que influyen di-

rectamente áun sobre el hombre de más talento, le llevan á veces mal su grado á puntos de vista que no tomara á poder obrar con toda libertad.

El estado de la civilización francesa en el siglo XVIII era muy otro que el de los Estados-Unidos. Francia acababa de pasar por el faustoso reinado de Luís XIV, que minó la sociedad en sus bases. Luís XV la había corrompido, y la regencia del duque de Orleans acabó por desmoralizarla por completo. Dado este estado de cultura la reacción es necesaria, porque no así como así los pueblos se enfangan perpetuamente en el vicio y desaparecen; pero la primera resistencia que se opone, la primera reacción que se inicia ha de partir forzosamente de la idea reinante de la sociedad, y esta enseñanza es de Locke; pues bien, el siglo XVIII era un siglo sensualista por excelencia, el sensualismo dominaba en todas las órdenes sociales; el trono y la Iglesia, manifestaban el profundo grado de desmoralización á que había llegado la época; los abates son la encarnación viviente de aquella sociedad; Voltaire, deduciendo de Locke no sus ideas sensualistas, porque Voltaire no hizo nunca profesión de filósofo, sino principios mucho más rígidos de moral y de orden, pero que habían de chocar abiertamente contra el orden reinante, Voltaire había de exagerar ciertos puntos, como hace todo polemista, y esto es lo que fué Voltaire. Hallóse frente á frente con los más repugnantes vicios de la sociedad; ó transigir ó combatirlos como aconseja algunas veces la más inflexible lógica, por sus contrarios, y esto lo hizo y tuvo que hacerlo muy amenudo Voltaire.

Franklin, se encontraba en América con una Iglesia llena de fe y de moralidad; Voltaire, con una Iglesia corrompida, hasta el punto de que un cardenal era el alcahuete del rey; Franklin no tuvo que combatir nunca las tendencias reaccionarias del clero americano, porque á la vez que los católicos habían ido liberalizándose lo mismo que la Iglesia anglicana, los puritanos de Massachussets se habían suavizado. Voltaire había de gritar y aconsejar todos los días que se *aplastase al infame*, el jesuitismo que no había penetrado afortunadamente en la América del Norte; Franklin no temía en América la acción desmoralizadora de un poder permanente corruptor y corrompido, las colonias se gobernaban casi independientemente de la metrópoli, y los gobernadores de ellas no les dieron nunca el bajo espectáculo que ofrecían á Francia, reyes que gobernaban desde los lupanares, y ministros que habían de distribuir su tiempo entre el gobierno de la nación y el servicio del serrallo de S. M. Por esto Voltaire minaba á la